

fin á las innumerables invasiones de los alamanos y á las devastaciones no interrumpidas de los francos, y haber conducido sus cohortes al otro lado del Rhin siempre que le habia convenido, porque el pasar el rio era entonces ya una empresa heroica. La Galia, dijo, testigo de estas luchas, y robustecida despues de tantas pérdidas en personas y bienes, trasmittirá á las generaciones futuras la memoria de tan gloriosos hechos. Al final anunció que empezaria por penetrar en la provincia ilirica, que estaba desprovista casi de tropas, y desde allí pasaria sin encontrar obstáculos á ocupar las fronteras de la Dacia.

El ejército contestó con entusiastas gritos y entrechocando las armas, costumbre germánica, que prueba el gran número de individuos que de esta nacion militaban entonces en las filas romanas, y que tales costumbres debian de haberse ya generalizado en el ejército, completamente barbarizado.

Solo Nebridio, fiel á su soberano Constancio que acababa de ascenderle, se negó á prestar á Juliano el juramento de fidelidad, es decir á ir con él á combatir al emperador legitimo; por lo cual los soldados enfurecidos querian despedazarle; mas Juliano le cubrió con su propio manto guerrero y le dejó retirarse tranquilamente á Toscana, su país.

En seguida levantó Juliano el campo y á la cabeza de su ejército se dirigió á la Panonia á cumplir su destino.

Constancio estaba indeciso si debia concluir primero la guerra contra los persas ó ir al encuentro de su adversario pasando por la Iliria á Italia para cogerlo al principio como «una pieza de caza,» segun solia decir á las personas que le rodeaban para apartar de su imaginacion el miedo.

Juliano habia ya salido del punto donde se hallaba en el territorio de los rauricos en frente de Basilea, despues de haber nombrado los altos funcionarios y jefes indispensables, haciendo regresar á la Galia en calidad de prefecto á Salustio. Citanse tambien entre los altos empleados dos germanos; Dagalaifo jefe de la servidumbre, y Gomoharo, director de arsenales, antes jefe de los porta-escudos.

Siguiendo las calzadas cerca del Danubio del lado del Norte, al pasar por la Selva Negra, dividió su ejército en varias secciones, para hacer creer que llevaba mas fuerza de la que tenia en realidad. Así, envió tambien uno de estos cuerpos á las órdenes de Jovino y del general de caballeria Nevita á Italia por los caminos tan sabidos, es decir, por el Monte Cenís, y otro cuerpo al través de la Retia por el mismo centro, al Sur del lago de Constanza.

Las marchas se efectuaron á paso de ataque como si se fuera á embestir al enemigo; las noches se pasaron con las mismas precauciones que cuando se tiene al enemigo cerca, estableciendo rondas y avanzadas; todo se hizo con tanta rapidez como solia hacer Juliano cuando sus incursiones en los territorios de los bárbaros. Al llegar á cierto sitio donde el Danubio empezaba á ser navegable, probablemente entre Passau y Viena, encontró por una feliz casualidad gran número de barcas en las cuales bajó con su ejército por el rio sin ser casi observado; pues como era frugal y se contentaba con alimentos comunes, no tenia necesidad de ir en busca de ciudades y fuertes, cuya proximidad le convenia mas evitar, y que por lo visto continuaban todavia en aquella region bajo la autoridad y con guarniciones romanas. A pesar de sus precauciones y de la rapidez de su marcha, empezó á correr poco á poco delante de él la voz de su llegada, llenando toda la provincia ilirica, con la acostumbrada exageracion, diciéndose que iba como el huracan llevado en alas de la victoria despues de haber humillado una multitud de pueblos y reyes en la Galia. Tan grande era el terror, que el prefecto del pretorio Tauro huyó á toda prisa con

caballos de posta que relevaba á cada estacion hasta mas allá de los Alpes Julianos, arrastrando consigo al prefecto Florencio. Ambos eran los dos cónsules nombrados para aquel año. El gobernador (*comes*) Luciliano que se hallaba cerca de Sirmio quiso resistir y á la primera noticia de la aproximacion de Juliano concentró las tropas llamándolas á toda prisa de los diferentes puestos que guarnecian; pero Juliano no le dejó tiempo: «como un meteoro de fuego precipitose al encuentro de su destino», dice Amiano.

Aprovechando las noches en su mayor parte oscuras de la luna menguante, llegó con su escuadra hasta Bononia, antes Malatis ó Milata y hoy Banostar en la Esclavonia á solo 19 millas de Sirmio, donde tomó tierra con sus tropas sin haber sido visto. Allí destacó á Dagalaifo con un cuerpo ligero á intimidar á Luciliano que se presentara ó á apoderarse de él por fuerza. Tan bien cumplió el jefe germánico su cometido, que sacó dormido de la cama á este general tan arrojado y se le llevó. Cuando Luciliano hubo salido del primer estupor y supo que su vida no peligraba, expresó á Juliano su sorpresa al verle proceder con tanto atrevimiento y tan poca prevision y entrar en un país enemigo con tan escasas fuerzas, á lo cual le contestó el emperador rebelde que guardase sus sabios consejos para Constancio. Dicho esto marchó á paso de carga, con valor y confianza, hácia la ciudad, suponiendo con razon que se rendiria; y en efecto al verle aproximarse á los arrabales que se extendian muy léjos, salieron á recibirle la poblacion y los soldados en grandes masas con antorchas y flores y le aclamaron por emperador.

Del resto de la historia de Juliano solo nos interesa aqui lo que se refiere á los germanos. Encargó al fiel Nevita, de raza franca, la defensa del importante desfiladero cerca de Succi en los Montes Balkanes (Hemo) y Rodope, donde la provincia ilirica, en la Mesia Baja, confinaba con la Tracia, hoy la Servia y Rumelia, y á Sexto Aurelio Victor, el historiador, le nombró prefecto consular de la Panonia Baja.

Por entonces redactó Juliano sus manifiestos y justificacion dirigidos á los ejércitos, provincias y á muchas ciudades del imperio. Háse conservado uno de ellos, dirigido «al senado y pueblo de Atenas.» En este documento refiere Juliano sobria y tranquilamente, sin irritacion ni dicerios ó insultos, pero tambien sin consideracion, todo el comportamiento de Constancio para con él, vencedor de Estrasburgo, desde el degüello de su padre y de toda su familia hasta la reciente negativa con que habia recibido sus proposiciones razonables. Es una relacion completamente veraz á la par que diplomáticamente redactada, y presenta á su autor tal cual nos lo describe Amiano.

En otro documento de queja contra Constancio, escrito con violencia, atacó tambien á Constantino el Grande á quien odiaba mucho, probablemente como fundador de la nueva Iglesia del Estado, porque le acusa de innovador y destructor de antiguas leyes y costumbres (lo que pinta á Juliano como aficionado y partidario de lo antiguo), y además le censura por haber sido el primero en elevar á bárbaros á altos empleos y aun á la silla consular. En esto habia visto Juliano con su habitual perspicacia un peligro para el imperio casi tan grande como el empuje de los bárbaros de fuera; pero la gran autoridad y la energia incansable de Juliano mismo eran ya impotentes para detener la no interrumpida y siempre creciente barbarizacion del imperio por la invasion del elemento bárbaro en todos los empleos altos y bajos del ejército, de la corte y del gobierno y administracion de las provincias. El mismo se encontró á veces impotente para dominar los excesos de las tropas auxiliares bárbaras, como sucedió con los petulantes y celtas. Estos elementos habian llegado á ser ya indispensables para el

sosten y defensa del imperio; y honra mucho á Amiano cuando llevado de su amor á la justicia critica en este punto á su héroe favorito diciendo: «Esta acusacion era necia é inoportuna, pues que Juliano tambien colocaba y ascendia á muchos bárbaros, en particular á germanos, y dió luego á Mamertino por colega en el consulado á este franco Nevita que ni por el brillo (de su cuna), ni por su talento y fama podia ponerse al lado de aquellos á quienes Constantino habia ascendido, siendo por el contrario ignorante, grosero, y lo que peor era en su elevado puesto, cruel. En otro pasaje repite poco mas ó menos lo mismo. Por lo demás este Nevita ocupó un elevado é importante cargo en la guerra contra los persas.

Llegado que hubo á Nisa (Naessus) en Servia, supo el arrojado pretendiente, separado ya por una gran distancia de la Galia, que á sus espaldas, en Aquileya, se habia levantado contra él un partido que se ramificaba hasta á varias ciudades de Italia. Eran dos legiones de Constancio y una cohorte de arqueros, que Juliano habia encontrado en Sirmio, y á las cuales, no inspirándole una confianza absoluta, habia destinado á la Galia con el pretexto de que allí era indispensable y urgente la presencia de alguna fuerza. Estas tropas habian obedecido con gran repugnancia á causa de tan larga marcha y de las luchas incesantes con los feroces germanos que envolvia. Llegado que hubieron á Aquileya, se pronunciaron en favor de Constancio despues de apoderarse con el auxilio del populacho de las puertas y murallas de la ciudad. Al momento de saberlo envió Juliano al general de caballeria Jovino, que despues de pasar los Alpes habia llegado ya á la Nórica, la órden de volver atrás y de sitiar la plaza rebelde. Fué reemplazado poco despues por un germano llamado Imo, pero no se rindieron los amotinados sino cuando supieron la muerte de Constancio ocurrida entre tanto, noticia que les llevó como enviado extraordinario otro germano, el alamanó Agilo, antes caballerizo mayor, el mismo que en el año 354, en union de otros jefes del ejército, habia aconsejado á sus compatriotas que se sometieran aprovechando las disposiciones favorables del general en jefe á punto de pasar el rio cerca de Augusta Rauricorum, hoy Augst próxima á Basilea. Agilo fué despues comandante de los porta-escudos extranjeros y desde 360 general de infanteria.

A la misma sazón servia otro Agilo, jefe de los letos, en el ejército de Constancio que peleaba contra los persas, como tambien el ya nombrado Gomoharo, director de los arsenales. Sorprendente es que los dos bárbaros Nevita y Dagalaifo fuesen los encargados en el mismo ejército de la direccion de las obras de minas en un ataque contra una fortaleza persa, así como de la construccion de los manteletes ó techo protector que los romanos llamaban *vinea* que significa emparrado; dos trabajos de sitio que requerian mucha práctica é inteligencia.

Esto prueba que entonces habia ya germanos instruidos en la parte mas difícil del arte romano de los sitios. Tan influyente era la posicion de estos dos germanos en el ejército, que cuando murió Juliano formaron un grupo muy importante en la eleccion de su sucesor. Dagalaifo fué ascendido en tiempo de Valentiniano á general de caballeria, y como tal pudo atreverse á manifestar al emperador su desaprobacion cuando este quiso nombrar á su hermano Valente co-emperador, y se dirigió á las personas que le rodeaban con el deseo de que le aprobasen su plan; entonces le contestó Dagalaifo: «Si amas mas á los tuyos que al imperio, elige á tu hermano, pero si amas mas al país elige la persona mas digna para darle la púrpura.» A pesar de esta ruda franqueza quedose Valentiniano con este germano

cuando el reparto de los generales entre los dos emperadores.

Habian sido tambien jefes superiores (*comites*) bajo el reinado de Constancio los germanos Teolaifo y Aligildo, que por su distinguida posicion merecieron ser nombrados á la muerte de este emperador para anunciar á Juliano la sumision del ejército imperial. Encontráronle en la frontera de la Dacia y le acompañaron á Constantinopla, donde fué Juliano recibido por la poblacion en todo el tránsito con grandísimo júbilo. Agilo y Nevita fueron nombrados miembros de la comision investigadora que con una severidad que rayó en muchos casos en crueldad y á veces en injusticia condenó á los culpables cortesanos de Constancio, en particular á los que habian contribuido á la muerte de Galo. Por lo demás, encontró Juliano en el ejército de Constantino la disciplina en malísimo estado, de lo cual se lamenta Amiano diciendo: «La afeminacion y la molicie han corrompido en este ejército á romanos y bárbaros.»

Otro cáncer roedor era en aquella parte del imperio la codicia feroz con que los obispos y otros hombres influyentes de la Iglesia y del Estado, gracias á Constancio, de perseguidos y pobres habian llegado á ser el partido dominante, saqueaban no solamente los bienes y tesoros de los antiguos templos, sino tambien las provincias; pero mas fatal que esto era todavia el furor sin freno con que se odiaban y perseguian las sectas cristianas entre sí, lo que hacia decir á Amiano: «No hay animal tan funesto al hombre como son uno para el otro la mayor parte de los cristianos con su furor mortal.» En vano esforzose Juliano por pacificar á los obispos contrarios, ninguno escuchó sus consejos y palabras conciliadoras, tanto que con frecuencia les dijo: «Escuchadme á mí, al hombre que han escuchado hasta los francos y los alamanos.»

En las demás cosas y ramos importantes caminaba tambien todo con paso rápido hácia la ruina y el caos; de modo que no son pura retórica ni exagerados los lamentos de Juliano cuando dice de la hacienda del imperio: «Dueño algun dia el imperio romano de incalculables tesoros, ha venido á parar á la mayor miseria por los malos consejeros que para enriquecerse inducian á los emperadores á comprar la paz á los bárbaros con oro; y victoriosos de esta manera regresaban de sus campañas. Ahora están vacías las arcas del Estado, las ciudades exhaustas y las provincias devastadas. Yo mismo no tengo absolutamente nada.» La penuria era grande, los soldados estaban descontentos porque se les ofreció por gratificacion á cada uno solo 100 dineros (aproximadamente 75 pesetas) que era poco.

La hacienda estaba enferma sin esperanza, consecuencia de los errores económicos sociales y políticos de antiquísima fecha, y esta hacienda achacosa paralizaba la fuerza defensiva, dificultaba el funcionamiento regular de la máquina administrativa, y causó finalmente la muerte del imperio.

Mientras el emperador hacia sus preparativos para la campaña contra los persas, y reformaba el interior, en especial el personal de la administracion, no descuidó la defensa de la frontera del Danubio fortificando y reforzando las ciudades de la Tracia y en primera línea las plazas fuertes de la misma frontera. Los puestos y destacamentos de tropas que vigilaban desde las lomas ribereñas del rio los movimientos de los bárbaros rechazándolos con denuedo si penetraban en el país, cumpliendo valientemente con su obligacion segun constaba por los partes que el gobierno recibia, fueron abundantemente provistos de armas, ropas, viveres y pagados con puntualidad. Las personas que rodeaban á Juliano le aconsejaban que atacara á los godos, vecinos tan desleales y

falaces siempre, pero el emperador les contestaba: «que buscaba adversarios mas dignos y mas importantes; para los godos bastaban los mercaderes y traficantes de Gálata que vendian esta gente de todas las categorías á elegir para esclavos.»

Este pasaje es interesantísimo, porque demuestra que entonces, fuera de algunas correrías parciales, no pugnaban los godos por penetrar y derramarse en masa por el imperio como habian hecho antes y como hicieron despues de Juliano; el lenguaje despreciativo del emperador lo prueba suficientemente. La gran abundancia de esclavos godos de todas las categorías con que los vendedores del Asia Menor proveian el mercado público, da á entender por un lado que esta raza debia de haberse aumentado muchísimo, como luego lo evidenciaron las masas asombrosas que invadieron el territorio romano, y por otro lado demuestra que los godos, en sus continuas y mutuas invasiones y contiendas con sus vecinos bárbaros, perdian muchísimos prisioneros, pues los romanos les hacian comparativamente pocos en sus correrías por las comarcas fronterizas. Finalmente tambien se desprende de aquí que en aquella época, en el siglo IV, los godos ocupaban un grado infimo en la escala de la civilización. Por otra parte es tambien muy posible que esta gente acosada constantemente por la miseria y el hambre, cuando no podian hartarse en alguna expedición de las suyas, se vendieran ellos mismos por esclavos, conforme consta hicieron mas tarde. No cabe duda que los mismos godos, como por ejemplo los ostrogodos de Ermanarico, vendian los prisioneros que hacian entonces á las otras numerosas tribus godas con las cuales tambien estaban en continua lucha, y los que adquirian de su propia tribu por el juego, etc.

Juliano gozó durante su corto reinado de una rara paz en las fronteras, porque los bárbaros se habian convencido de que con semejante defensor les salian muy caras sus devastaciones; pero de esto á creer que estaban entusiasmados con el emperador y que no sabian cómo alabarle, segun dice Amiano, hay gran distancia. Cierto es, sin embargo, que: «desde su salida de la Galia se mantuvieron todos los pueblos quietos hasta su muerte, como si el caduceo, la vara de la paz de Mercurio, estuviera suspendida sobre la tierra.»

Mas efecto que en ninguna parte habia causado la energía de Juliano en la Galia y entre los francos y alamanos, y á pesar de esto se le acusaba de haber provocado de nuevo los horrores de la guerra, de lo cual le defiende Amiano recordando que «Constancio fué quien causó la guerra contra los partos (persas)»; que «en la Galia habia nacido antes de Juliano una guerra de la otra; y que á consecuencia de ellas se habian derramado los germanos por el territorio romano hasta muy dentro del país, estando hasta á punto de pasar los Alpes y de asolar la Italia. Al pueblo despues de tantos horrores é indecibles sufrimientos no le habian quedado mas que sus lágrimas, el continuo espanto, acerbos recuerdos, y ninguna esperanza de un mejor porvenir. En esta situacion llegó aquel jóven con la ilusoria autoridad de un César; y con maravillosa prontitud llevó auxilios y remedio á todas partes, arrojando delante de sí á reyes y perversos esclavos; derrotando personalmente, soportando frios y calores terribles, á todos estos enemigos feroces; oponiendo su pecho como única barrera á sus legiones cuando cedian, destruyendo reinos de germanos sanguinarios y sañudos; y logrando con una simple arenga que el ejército de la Galia acostumbrado á heladas y escarchas le siguiera al través de dilatadas tierras hasta la calurosa Asiria y la frontera meda.»

Esta alabanza es merecida y tanto mas sincera cuanto que Amiano la escribió despues que su héroe, el valiente emperador, habia muerto en el campo del honor luchando contra

la Persia; y cuanto que este verídico autor no le escasea en ocasiones sus criticas. Por lo demás, el carácter de este personaje notabilísimo es difícil de analizar. Su tentativa de restablecer el culto de los dioses antiguos era una ilusion de un corazon noble; una empresa imposible, no porque fuese difícil quitar entonces el carácter de religion del Estado al cristianismo, que dominaba solo desde algunos decenios, sino porque el emperador mismo, como todas las personas ilustradas, no creia ya, hacia mucho tiempo, en aquellos dioses; y las cavilaciones filosóficas semi-místicas de Juliano no podian jamás pretender imponerse como una religion popular. Un solo defecto desfigura á este genio, y es su excesiva vanidad, no de gran capitán ó emperador, sino de erudito, y de talento y sal ática. La movilidad enteramente griega de su alma era á la vez su mérito y su defecto; el resto de su carácter, su valor y heroismo, su manera de comprender la gloria de la «Roma impercedera» en frente del cristianismo, antagonista mortal de todo lo que respiraba antigüedad, todo esto era en Juliano perfectamente romano; y bajo este concepto merece con razon el dictado de «el último romano.»

Juliano es una de aquellas figuras de juventud inmarcesible «á quienes como Aquiles y Alejandro (Magno), los dioses se los llevan temprano en medio de sus victorias, para que su figura sublime no llegue á ser profanada por la prosa, sino que viva eternamente en la memoria de los hombres revestida de las galas de la juventud (1).

En la retirada de la Persia, operacion peligrosísima, hicieron los romanos otra vez uso del antiguo sistema de servirse de los bárbaros como materia vil.

En la huida iban á echarse los soldados al Tigris, rio profundo y de mucha corriente, para no ser víctimas de los persas que les venian persiguiendo, cuando resolvieron hacer pasar primero á los germanos del Norte juntamente con los galos para ver si podian pasar á nado, ó si se ahogaban para servir de ejemplo á los demás.

Designáronse para el experimento los mas hábiles: «gente dice el autor, que en su país aprenden desde su infancia á atravesar los rios mas anchos á nado.» En el mayor silencio de la noche deslizaronse los individuos elegidos al rio todos á una, y mas pronto de lo que se habia calculado llegaron á la orilla opuesta, donde sorprendieron á los centinelas persas que enteramente descuidados se habian entregado al sueño y los degollaron; luego hicieron señas á sus camaradas de la otra orilla alzando sus lanzas en cuya punta habian atado sus mantos para hacerles saber su feliz llegada.

La influencia del elemento germánico en el ejército era entonces ya muy considerable, tanto que habia dado lugar en la corte, en el ejército y en la administracion á un partido anti-bárbaro y anti-germánico, que se proponia eliminar á los bárbaros de sus empleos, sin conocer que las fuerzas puramente romanas eran hacia ya mucho tiempo del todo insuficientes y no podian prescindir del concurso del elemento extranjero para la direccion y defensa del imperio. Así fué que en la eleccion del sucesor de Juliano pugnaban ya los dos partidos, el romano acaudillado por Víctor y Arinteo, y el extranjero por Nevita y Dagalaífo que al fin se vieron obligados á hacer un compromiso conviniendo en la eleccion de Joviano. Este, que murió muy pronto en 16/17 de febrero de 364 habiendo sido elegido en 27 de junio

(1) Véase cómo describe Prudencio, cristiano celosísimo, á este héroe:

«... Caudillo valentísimo de los ejércitos, celeberrimo legislador, defensor fidelísimo de la patria con su brazo y consejo; pero no de la fe, sino adorando innumerables seres supuestos divinos, apóstata de Dios, pero hasta la muerte fiel al imperio.

del 363, nombró al franco Malarico director de arsenales para la Galia, á fin de asegurarse en una posicion tan importante un partidario fiel, pues que los francos se habian distinguido como excelentes defensores de la frontera del Rhin al servicio de Roma, particularmente contra sus mismos compatriotas; mas Malarico rehusó el cargo.

Al poco tiempo se divulgó la noticia de que Juliano no habia muerto, y en seguida se sublevó el ejército, creyendo que habian querido engañarle con la falsa noticia de la muerte de su querido jefe para ganarlo á la causa de Joviano. Mataron á algunos de sus jefes, y uno de ellos, Valentiniano, despues emperador, se libró del degüello con mucho trabajo en Reims.

En tiempo de Valentiniano, natural de Panonia é hijo de padres pobres, que en virtud de su energía y pericia militar habia subido á jefe de los ejércitos en Africa y Bretaña, volvieron los bárbaros á invadir el imperio por todos lados, los alamanos simultáneamente por la Galia y la Retia, los sármatas y cuados por la Panonia, los godos por la Tracia; en la Bretaña penetraron desde la Escocia los pictos y los escotos, y desde el continente los sajones.

En 29 de marzo de 364 elevó Valentiniano á su hermano Valente á la dignidad de emperador colega y en seguida se repartieron en Mediana, arrabal de Neso, las provincias y el ejército, las tropas y los jefes. El primero se quedó con la Galia, la España y las islas británicas, con su gobernador general Germaniano; la Italia con la provincia ilírica y el Africa bajo el mando de Mamertino. Entre los generales reservóse tambien á Dagalaífo y Jovino. El segundo recibió el Oriente con Egipto y la Tracia; y los generales Víctor con Arinteo y Lupicino. Hecha esta division marcharon á sus respectivas residencias favoritas, Valentiniano á Milan, y Valente á Constantinopla.

El año siguiente trajo grandes peligros. Los alamanos, mas furiosos que nunca, rompieron el cordón militar y penetraron en la Germania romana, porque se les habian regateado los regalos anuales que se fijaban y detallaban conforme era costumbre en los tratados de paz, y que iban á buscar á la corte por medio de embajadas. Aquel año se habian ofrecido á los embajadores de los alamanos regalos inferiores en valor y número á los que esperaban; y apenas los vieron, los arrojaron en tierra como indignos de ellos y como un insulto. Ursacio, intendente de palacio y hombre muy irascible, los reprendió con aspereza; ellos vueltos á su país exageraron tambien lo sucedido presentándolo como si hubiesen sido insultados y tratados en la corte con desprecio, y con esto inflamaron la ira de sus compatriotas ya de sí irascibles.

Este suceso demuestra que estos bárbaros pretendian ya como un tributo fijo los regalos, y manifestaban su ira de la manera mas brutal en la misma corte imperial cuando se les escatimaba.

Al tener el gobierno conocimiento de la invasion fué mandado Dagalaífo contra los bárbaros, los cuales despues de haber asolado una dilatada comarca se habian retirado ya sin pérdida de gente á su territorio. En esto se habia levantado un pretendiente en la Iliria, llamado Procopio, y Valentiniano iba ya á marchar con su ejército contra este nuevo enemigo, cuando hubo de ceder á las súplicas de las personas que le rodeaban y de las comisiones que las ciudades mas nobles de la Galia le enviaron para decirle que esta provincia no podia abandonarse; que necesitaba para su defensa fuerzas considerables si no queria exponérsela á ser presa de los bárbaros que degollaban á todos los habitantes y destruian lo que no se llevaban, pero que quedando el emperador, bastaria su presencia para infundirles miedo. Valentiniano se quedó, diciendo que Procopio era solo ene-

migo personal suyo y de su hermano mientras los alamanos eran los enemigos generales y la ruina del país. Adelantó su cuartel general hasta Reims; pero sin intencion de pasar por lo pronto la frontera.

Valente fué al encuentro del pretendiente rebelde, y al atravesar la Siria supo que los godos de todas las diferentes tribus y razas, ensoberbecidos por la larga paz en que se los habia dejado, se habian puesto de acuerdo para efectuar una gran invasion en la Tracia; pero por lo pronto estaba Valente ocupadísimo con su adversario Procopio que acuñaba moneda y habia hecho creer á los bárbaros que él era el emperador legítimo. En su corte desempeñaban un papel importante los germanos Gomoharo y Agilo, siendo este último además yerno de Araxio, prefecto del pretorio del rebelde, lo que prueba que estos aventureros bárbaros se casaban ya con mujeres romanas de las primeras familias.

Al servicio del emperador legítimo Valente se hallaba Vadomaro á quien Juliano habia hecho internar en España, pero que despues habia subido á jefe militar (*dux*) de Fenicia y á la sazón, en 365, sitiaba, por órden de Valente, la ciudad de Nicea. Seis años despues este mismo Vadomaro mandaba, juntamente con otro jefe llamado Trajano, un ejército imperial con el cual derrotó al rey de Persia, Sapor, cerca de Vagabanta en la Mesopotamia.

Por lo pronto iba ganando terreno el rebelde; un tribuno suyo, Aliso, probablemente germano tambien, á juzgar por el nombre, habia tomado la plaza fuerte de Cícico, forzando la entrada del puerto, cerrado con cadenas, con tres embarcaciones unidas una á la otra, disposicion usada en tales casos, y con la tripulacion colocada en un elevado andamio construido en la popa y protegido por un muro de escudos colocados en direccion oblicua á fin de que los proyectiles enemigos se deslizasen inofensivos contra el talud á la manera que la lluvia baja de un tejado. Se ve, pues, que habia germanos que se aprovechaban como buenos discípulos de la enseñanza militar romana.

Al año siguiente, 366, fueron nombrados cónsules para el mismo año, Dagalaífo y Graciano, este último despues emperador. Fué este el último año del pretendiente rebelde; porque aquel Agilo le hizo traicion en la batalla de Nacolia en la Lidia, pasándose repentinamente con mucha gente, probablemente germanos como él, al ejército del emperador Valente; dando la señal de desercion acostumbrada, volviendo sus escudos al revés. El pretendiente huyó; pero los que le acompañaban le entregaron al emperador legítimo. Araxio escapó con un castigo leve, desterrado á una isla, gracias probablemente á la intercesion de su yerno, el traidor Agilo. Contra los demás partidarios del rebelde procedió Valente con una saña extraordinaria.

Gomoharo no habia aguardado hasta el último extremo y se habia sometido y presentado antes. Habia resistido tenazmente en la Lidia con bastante fortuna, por la influencia moral que ejercia sobre sus tropas muy adictas á la familia de Constantino. Llevaba en su compañía á la viuda de Constancio, la emperatriz Faustina y su pequeña hija del mismo nombre, nacida despues de la muerte de su padre. Madre é hija acompañaban el ejército hasta en las batallas, llevadas en una litera, entusiasmado así á las tropas en favor de la familia imperial. Solo cuando Arbecio, el antiguo general de Constancio, contrabalanceó esta influencia moral con su presencia en el ejército de Valente, y se hizo conducir al de los rebeldes á quienes excitó á abandonar á Procopio, se pasaron muchos al emperador legítimo; y Gomoharo, que podria haberse escapado con facilidad, prefirió pasarse tambien á la causa de Valente bajo el pretexto de prisionero de guerra.